



Me dispongo a la oración con estos textos

“ Él, el Dios Omnipotente tenía sed de ser amado y sed de ser compadecido, que viene a ser la misma cosa. No con una compasión epidérmica y sensiblera, sino una compasión verdadera, que exige compartir el dolor y la injusticia del otro hasta el punto de anteponerlo al propio dolor y a la propia injusticia.

–Guillermo Rovirosa, O.C. T.I. 392

“ Cada uno de nosotros tiene su propia historia y no siempre es una historia limpia; muchas veces es una historia difícil, con muchos dolores, muchos problemas y muchos pecados. ¿Qué hago, yo, con mi historia? ¿La escondo? ¡No! Tenemos que llevarla delante del Señor: «¡Señor, si Tú quieres, puedes sanarme!». Esto es lo que nos enseña esta mujer, esta buena mujer: la valentía de llevar la propia historia de dolor delante de Dios, delante de Jesús; tocar la ternura de Dios, la ternura de Jesús.

–Francisco, *Ángelus*, 16 agosto 2020

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

Hace una semana que estábamos de asamblea. Hemos experimentado en ella la compasión del Señor con nosotros, y la llamada a seguir viviendo, como Él, de manera compasiva y misericordiosa. Acojo y agradezco su amor compasivo y misericordioso. Acojo en mi oración a quienes necesitan y esperan esa misma compasión por mi cauce. Desde esa necesidad de compasión, oro.

Compasión

Y así sigue ocurriendo hoy.
Forasteros rechazados,
vejados, excluidos,
encajonados entre fronteras, intocables.
Gente sola, sin recursos,
pobres detrás de fachadas de indiferencia;
trabajadores explotados en condiciones inhumanas
para que siga girando la máquina de lo barato.
Créditos impagables,
aprovechando la debilidad de quien nada tiene.
Abusos, corruptelas. Codicia, violencia.

Y Dios, ¿Dónde está?
Hoy, más que nunca, vuelve a nosotros su promesa:
«Si el afligido grita a mí, yo lo escucharé,
porque yo soy compasivo».
Pero esa promesa es también un grito de vuelta,
porque tal vez, solo tal vez,
cada uno de nosotros seamos
la respuesta de Dios a este mundo
atormentado y turbulento.



Por eso, no podemos ser sordos, indiferentes,
o colaboradores ante las heridas que atraviesan
la creación.

(Rezandovoy)



Hoy me dice LA PALABRA...

Mt 15, 21-28. Ten compasión de mí.

Jesús salió y se retiró a la región de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle: «Ten compasión de mí, Señor Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo». Él no le respondió nada.

Entonces los discípulos se le acercaron a decirle: «Atiéndela, que viene detrás gritando». Él les contestó: «Solo he sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel».

Ella se acercó y se postró ante él diciendo: «Señor, ayúdame». Él le contestó: «No está bien tomar el pan de los hijos y echarse a los perritos». Pero ella repuso: «Tienes razón, Señor; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de los amos». Jesús le respondió: «Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas».

En aquel momento quedó curada su hija.

Palabra del Señor





Acojo la Palabra en mi vida

Comprender lo que nos propone el Evangelio supone situarnos en el contexto en que las palabras de Jesús se pronuncian, y en el contexto de vida de las comunidades para las que son escritos los evangelios en primera instancia. Tenemos que hacer –los creyentes de hoy– ese camino de ida y vuelta al entonces para poder encarnar en su plenitud la Palabra en el ahora.

Mateo responde a una situación concreta que se da en su comunidad: la difícil aceptación y acogida de quienes provienen del paganismo. A esa situación quiere responder con las palabras de Jesús, y con su actitud, que lleva a reconocer que nadie está excluido de la propuesta de vida del Evangelio; que la Buena Noticia tiene un alcance universal, dirigido a todas las personas, a todos los pueblos, a todas las culturas.

Y lo hace con el episodio de esta mujer cananea que acude a Jesús desde su sufrimiento, movida por el amor a su hija. Si tú puedes hacer algo en su favor, hazlo. No hay nada especialmente religioso en la petición, nada extraordinario. Solo amor humano, dolor humano, y la confianza en la misericordia de Dios. Solo el amor que lleva a poner confiadamente en manos de Jesús –a quien se le pide compasión, porque se sabe de su compasión– la vida de la persona amada.

Nuestra oración de súplica no es para convencer a Dios de que cambie, sino para unirnos a él, y para vivir desde él las situaciones vitales que ponemos en sus manos.

Jesús alaba esa fe, la de una mujer que, pese a las dificultades, por amor, no duda en invocarle con insistencia. No mide la fe por los logros o prácticas religiosas, no mide la calidad de la fe por la eficacia y la capacidad transformadora del compromiso.

Y, detrás de nosotros, detrás de la Iglesia ¿quién viene gritando? ¿quién se acerca suplicando compasión? ¿viene alguien?

Y a quienes vienen ¿qué atención compasiva les prestamos o qué obstáculos les presentamos?

¿Cómo suscitamos esa fe, don de Dios, porque escuchamos y acogemos, porque somos una Iglesia de puertas abiertas que propicia el encuentro de todos con el Resucitado?

¿Cómo de confiada e insistente es nuestra oración? ¿Cómo de grande nuestra fe?

Mi proyecto de vida en tanto testigo del Resucitado es un proyecto evangelizador que escucha, acoge, se compadece del sufrimiento humano, desde el amor, que pone en la oración las alegrías y las penas, los trabajos y las luchas...

¿Qué he de convertir, aún, en mi vida y mi oración, para crecer en mi fe?



Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre

Ten compasión de nosotros

Ten compasión de nosotros, Señor,
si andamos en tinieblas.
Si nos ves atrapados en las redes del dominio,
del poder, del odio, o de la mediocridad.
Si estamos sordos a tu evangelio,
o ciegos al hermano.
Ten compasión de nosotros
cuando equivoquemos las metas.
Cuando nos asuste el prójimo.
Cuando el corazón sea indiferente a quien sufre.
Ten compasión si dejamos
que el orgullo nos encadene.
Si nos hacemos ídolos con nuestro propio reflejo.
Si convertimos la profecía en desprecio,
o la oración en fariseísmo.
Acaricia nuestras llagas,
bendice nuestros pasos,
acompaña nuestras luchas.

Llegará un día en que todo estará bien.

(Rezandovoy)



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día...

Concédenos, como a nuestros hermanos de trabajo,
pensar como Tú,
trabajar contigo,
vivir en Ti.

María, madre de los pobres,
ruega por nosotros.